

OPARIA OLOS

M. R.



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
SANTIAGO DE CHILE

99

4/37 \$ 1.20

Página para los Niños

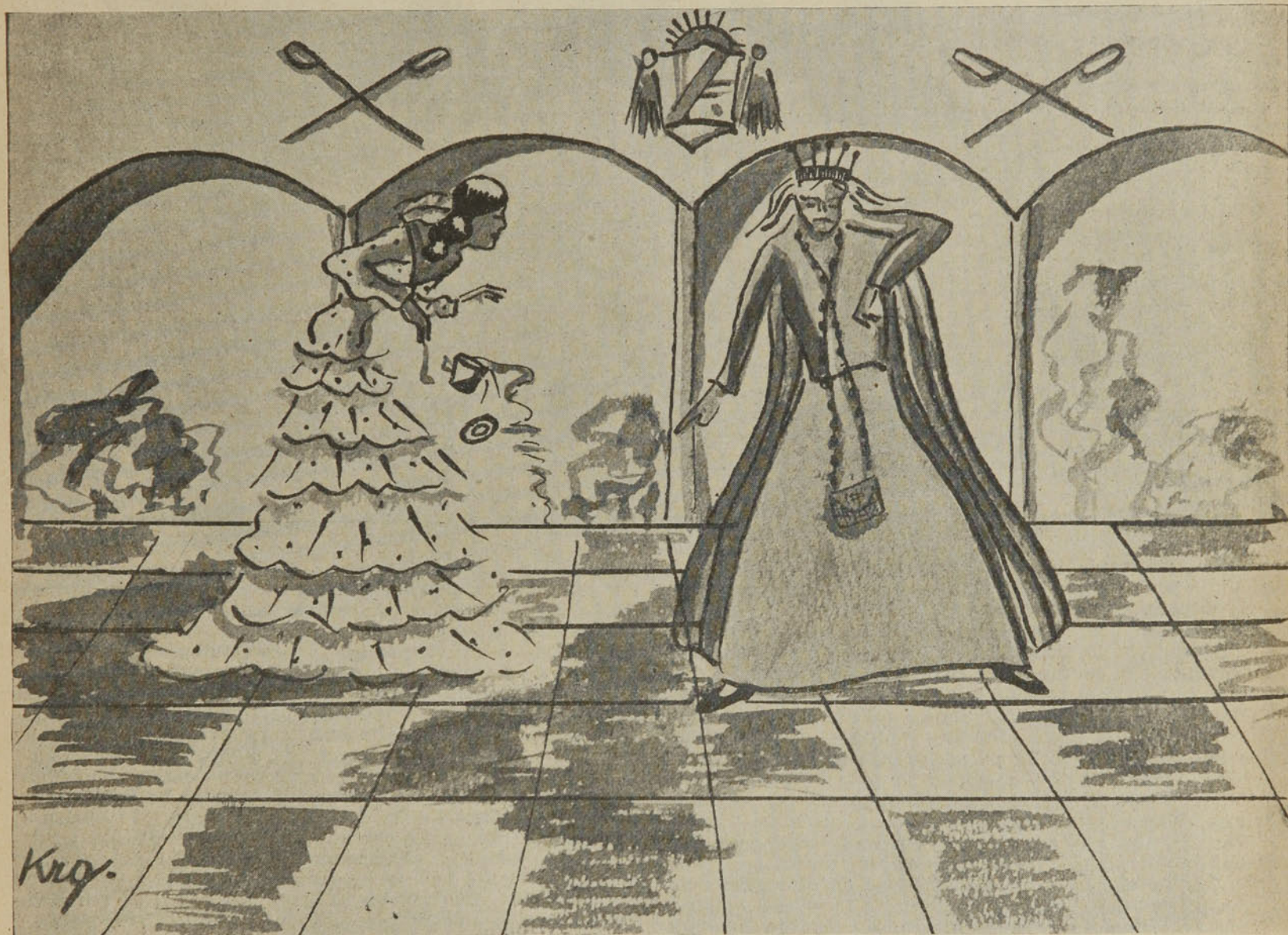
Riquet, el del Copete

Una reina dió a luz un niño tan feo y contrahecho, que se dudó si tenía forma humana. Un hada, testigo del nacimiento, aseguró que el niño, a pesar de su fealdad, sería muy simpático por su inteligencia y discreción, y le concedió la gracia de que pudiera transmitir su ingenio a la persona que mejor le pareciese.

La soberana, afligida por haber echado al mundo un monigote semejante, se consoló mucho con estas prediccio-

refiere al talento—repuso la maga—nada puedo hacer por ella; en cuanto a la belleza, lo puedo todo, y como deseo complacerlos, la otorgo desde ahora el don de transmitir su hermosura a quien mejor le plazca.

Pasaron los años, crecieron estas dos princesas y sus respectivas perfecciones fueron cada día en aumento: la hermosura de la mayor el maravilloso talento de la más pequeña llamaban la atención de todo el mundo. Creían



nes. No tardó en verlas cumplidas. Desde sus primeras palabras y sus primeros actos, demostró el príncipe un tan maravilloso talento, que admiró a todos. Olvidaba decir que el niño había nacido con un copete o penacho de cabellos en medio de la cabeza, y que por esta razón le llamaban Riquet el del Copete. Riquet era el nombre de la familia reinante.

Siete u ocho años después de este suceso la soberana de un país vecino tuvo dos niñas. La que nació primero era hermosa como un serafín y su madre estaba tan contenta, que se llegó a temer la hiciese daño este exceso de alegría. Estaba allí también el hada que había asistido al nacimiento del príncipe Riquet, y para moderar el gozo de la reina, declaró que aquella niña carecería en absoluto de ingenio y sería tan tonta como bella.

Mucho contrarió a la reina esta declaración, pero hubo aun de disgustarla más ver que le segunda niña que había dado a luz era más fea que Picio.—Señora, no os aflijáis por eso—dijo el hada—; si la niña es fea, tendrá en cambio muchísimo talento y esta cualidad suplirá con ventaja su falta de belleza.—¡Dios lo haga!—respondió la reina.—Pero ¿no habría medio de darle a la mayor siquiera una mínima parte del talento que a ésta va a sobrar?— En lo que se

sus defectos al mismo tiempo en igual proporción: la una se iba afeando hasta el extremo de poder asustar al mismo Belcebú, y se entontecía la otra hasta el punto de que cuando la preguntaban algo, o no respondía, o encajaba un disparate. Era tan torpe, que no arreglaba sobre la chimenea cuatro porcelanas sin que rompiese tres, ni bebía un vaso de agua sin derramar sobre la falda la mitad del líquido.

Con ser la hermosura un grande atractivo en una joven, la hermana fea se llevaba la palma en todas las fiestas de palacio. Al principio todos rodeaban a la mayor, ansiosos de admirar de cerca su belleza extraordinaria; pero pronto se alejaban e iban a hacer la corte a la pequeña, cuya deliciosa conversación y oportunos chistes encantaban al más adusto. Así que en menos de un cuarto de hora la primera quedaba completamente sola, y todos rodeaban y agasajaban a la fea.

La mayor comprendía, a pesar de su torpeza, la causa de este alejamiento, y hubiera dado gustosa toda su hermosura por la mitad del ingenio que tenía su hermana. La misma reina, no podía muchas veces menos de reconvenir la por lo tonta, y esto disgustaba en extremo a la infeliz princesa.

Un día en que se retiró al bosque a llorar a solas su



desgracia, vió venir hacia ella un hombrecillo de feísima catadura, pero vestido lujosamente. Era el príncipe Riquet el del Copete, que enamorado de la joven por los retratos que circulaban por todo el mundo, había salido del reino de su padre, sólo para procurarse el gusto de verla y hablarla. Contentísimo de tan feliz encuentro, se aproximó a la hermosa con todo el respeto y la consideración imaginables.

Después de los cumplimientos de ordenanza, al ver que la princesa estaba triste.—Señora—le dijo—, no comprendo cómo una mujer tan bella puede sentirse disgustada y melancólica.—¿Bella, decís?—preguntó la pobre.—Tanto—prosiguió Riquet—que entre las muchas hermosuras que conozco, ninguna alcanza a la vuestra.—Será si os place así—repuso la princesa, sin que acertara a ocurrirle otra cosa.—La hermosura—continuó el príncipe—es un tesoro que vale por todos los demás, y poseyéndolo vos en alto grado, no se concibe que haya nada que os aflija.—Pues más quisiera ser tan fea como vos y tener talento, que ser tan hermosa y tan torpe como soy.—La modestia os dicta esas palabras: el verdadero talento no se reconoce jamás a sí mismo.—¡Ay! no, ¡por desgracia es cierto lo que digo! yo sé bien que soy tonta, y esta es la causa del pesar que me atormenta.—Pues si en eso consiste—replicó Riquet—, puedo aliviáros y poner término a vuestra aflicción.—¿Y de qué manera?—Muy sencillamente; yo tengo la facultad de conceder talento a la persona que ame; y como esa persona sois vos, os daré tanto cuanto deséis, siempre que consintáis casaros conmigo.

La princesa no supo qué responder, y permaneció silenciosa.—Comprendo—siguió Riquet—que esta proposición os disgusta, y no me extraña; os doy un año para que reflexionéis lo que os convenga.—Como la princesa era de tan cortos alcances, y tenía además tanta gana de ser lista, creyó que el término del año no llegaría nunca, y aceptó la proposición,

Apenas hubo prometido a Riquet el del Copete que se casaría con él dentro de un año, sintió que su inteligencia se transformaba en otra muy distinta de la que había sido hasta entonces, y adquirió una facilidad admirable para explicar todo lo que pensaba, con frases escogidas y llenas

de gracia y donosura. A partir de aquel momento sostuvo una conversación galante con Riquet, y tantas y tan buenas frases dijo, que Riquet empezó a temer si le habría dado más talento del que había guardado para sí. La corte quedó asombrada de tan imprevisto y extraordinario suceso. Las personas de su familia y los empleados de palacio, no cabían en sí de gozo; sólo su hermana no se mostró satisfecha; la pobre conocía que iba a hacer en adelante un papel muy triste. Para dar una idea de la feliz transformación, baste decir que el rey consultaba el parecer de la hija que había tenido antes por tonta, y que muchas veces hasta reunía en las habitaciones de esta princesa el Consejo de Estado. Esparciose rápidamente la noticia del milagro; los jóvenes príncipes de los reinos vecinos vinieron a hacerle el amor, y todos la pidieron en matrimonio; pero ella no encontró ninguno bastante listo, y los escuchó como quien oye llover.

Llegó, sin embargo, un príncipe tan poderoso, tan rico, tan guapo y de ingenio tan sutil, que no pudo menos de manifestarse con él un poco más amable y tierna que con los demás. Conoció el rey esta preferencia, y la dejó completamente libre en la elección de esposo. Como a medida que la inteligencia es más clara, tanto más se reflexiona antes de resolver en un asunto, dió ella las gracias a su padre y pidió que le concediese algún tiempo para decidirse.

Un día fué por casualidad a pasearse al mismo bosque donde había conocido a Riquet el del Copete.

De pronto, y cuando más profundamente meditaba acerca del partido que debía tomar, oyó a sus pies un ruido semejante al que producirían varias personas, conversando y agitándose de un lado para otro. Prestó atención, y llegaron a sus oídos distintas voces. Una decía:—“¡Tráeme esa caldera!”—Otra:—“¡Echa leña al fuego!”—Aquella:—“¡Dame ese cazo!”—La de más allá:—“¡Coge esta bandeja!”

En seguida la tierra se abrió, y vió una gran cocina llena de cocineros, marmitones, galopines y demás gente necesaria para hacer los preparativos de un espléndido festin. Salieron luego veinte o treinta hombres armados de otros tantos asadores provistos de caza y volatería, y en una alameda del bosque, alrededor de una larga mesa, comenzaron, al compás de una armoniosa canción, a mechar carne y a rellenar perdices.

Admirada la princesa de este espectáculo, preguntó que para quién eran aquellos preparativos, y le respondieron que eran para la boda del príncipe Riquet el del Copete. Admiróse la princesa, y poco le faltó para desmayarse al recordar que hacía un año justo había prometido dar a Riquet su mano. Tal vez parezca extraordinaria la falta de memoria de la princesa; pero hay que tener presente que cuando empeñó su palabra era una una tonta, y que al transformarse por voluntad del príncipe en discreta había olvidado todas sus pasadas tonterías.

Iba a continuar su paseo, cuando se presentó a sus ojos Riquet el del Copete, magnífico y espléndido como un príncipe que va a casarse.—Ya véis, señora—le dijo—, que soy exacto en el cumplimiento de mi palabra; espero que cumpliréis también la vuestra, y me halaga la idea de que hayáis venido aquí a hacerme el más dichoso de los mortales.—Contieso francamente—respondió la princesa—que no he tomado una resolución definitiva respecto al asunto, y aun pienso que jamás podré decidirme a complaceros.—¡Cómo!—exclamó Riquet—; señora, me llenáis de asombro y...—Dispensad mi franqueza—prosiguió la joven—; os lo digo como lo siento, y es la verdad que me hubiese visto bien apurada si se tratase de otra persona que no tuviera vuestra inteligencia y vuestra educación. “Una princesa está obligada a cumplir su palabra—me diriais—, y tendréis que admitirme por esposo, puesto que me lo habéis prometido”; más como el hombre con quien hablo es el de más talento del mundo; espero que comprenderá las razones en que se funda mi negativa. Recordad que cuando era una tonta no pude resolverme a daros mi mano. ¿Cómo queréis que me resuelva hoy que gracias al ingenio que me habéis dado, tengo el gusto más fino y soy más difícil de contentar? Si teniais intención de casaros conmigo, habéis hecho mal en devolverme la razón.

—Muy bien, señora—respondió Riquet—; pero si un hombre cualquiera podría con justicia reprobar esa falta de palabra, ¿por qué razón no he de usar yo del mismo derecho, tratándose de un asunto del cual depende la felicidad de toda mi vida? ¿Acaso las personas de talento son de peor condición que las otras? ¿Lo afirmaríais vos, que tan claro le tenéis

y tanto lo habéis deseado? Pero volvamos a la cuestión, si lo permitis. Aparte de mi fealdad, ¿qué encontraréis en mí que pueda disgustaros? ¿Mi nacimiento, mi rango, mi carácter, mis modales?...—¡De ningún modo!—respondió la princesa—. Me gusta en vos cuanto acabáis de enumerar.—Pues siendo así, haced mi ventura, puesto que podéis convertirme a un mismo tiempo en el más feliz y hermoso de todos los hombres.—¿Y de qué manera?—Es muy sencillo, si me queréis lo bastante para deseárlo: sabed, señora, que la misma hada que el día de mi nacimiento me concedió el don de transmitir mi inteligencia a la persona que amase, os concedió a vos el de transmitir vuestra hermosura al hombre que eligieseis por esposo.—Siendo así—dijo la princesa—, yo deseo con todo mi corazón que seáis el príncipe más hermoso de la tierra, y os concedo tanta belleza como pueda yo tener.

Aun no había acabado la joven de pronunciar estas palabras, cuando Riquet se transformó en el más guapo de los hombres. Algunos aseguran que no fueron los encantos de la maga, sino el amor quien operó este cambio; y añaden que habiendo reflexionado la princesa detenidamente sobre la constancia, la discreción y la belleza de alma de su amante, olvidó su deformidad física, hasta el punto de ver en su giba la inclinación propia de un hombre acostumbrado a la meditación y al estudio, y de encontrar en su horrible cojera cierto aire de distinguido contoneo. Dicen aun más: afirman que los bizcos ojos de Riquet parecían a la princesa brillantes y expresivos, y que en la enorme y amoratada nariz del ser amado encontraba ella mucho de heroico y de marcial.

Sea ello lo que fuere, lo cierto es que la princesa prometió concederle la mano, si su padre consentía en el casamiento. Descubrió la joven al rey que debía su inteligencia a Riquet el del Copete, y el rey le aceptó gustoso como yerno. Al día siguiente celebraron la boda. Los preparativos hechos por orden de Riquet no fueron inútiles. Las fiestas resultaron magníficas.

Este cuento prueba bien a las claras que el amor lo embellece todo, y prueba además que lo que no alcancen para vencer un corazón todos los encantos de la hermosura, lo conseguirá un solo invisible atractivo que el amor adivine.

